

Sesión 10^a, en miércoles 10 de diciembre de 1958

Especial

(de 16 a 18)

PRESIDENCIA DEL SEÑOR CERDA
SECRETARIO, EL SEÑOR HERNAN BORCHERT RAMIREZ

I N D I C E

Versión taquigráfica

	Pág.
I.—ASISTENCIA	268
II.—APERTURA DE LA SESION	268
III.—TRAMITACION DE ACTAS	268
IV.—LECTURA DE LA CUENTA	268
HOMENAJE:	
A la memoria del Cardenal don José María Caro Rodríguez. (Discursos de los señores Zepeda, Coloma, Torres, Allende, Pérez de Arce, Videla (don Manuel), Lavandero, Vial y Tarud)	269
Publicación de discursos. (Se acuerda)	278

Anexos

ACTA APROBADA:

Sesión 8 ^a , en 5 de diciembre de 1958	279
---	-----

VERSION TAQUIGRAFICA

I.—ASISTENCIA

Asistieron los señores:

—Aguirre Doolan, Hbto.	—Larraín, Bernardo
—Alessandri, Fernando	—Lavandero, Jorge
—Alvarez, Humberto	—Letelier, Luis F.
—Allende, Salvador	—Martínez, Carlos A.
—Ampuero, Raúl	—Martones, Humberto
—Amunátegui, Gregorio	—Moore, Eduardo
—Bellolio, Blas	—Mora, Marcial
—Bulnes Sanfuentes, Fco.	—Palacios, Galvarino
—Cerdea, Alfredo	—Pérez de Arce, Gmo.
—Coloma, Juan Antonio	—Poklepovic, Pedro
—Correa, Ulises	—Quinteros, Luis
—Curti, Enrique	—Rivera, Gustavo
—Echavarrí, Julián	—Rodríguez, Aniceto
—Faivovich, Angel	—Tarud, Rafael
—García, José	—Torres, Isauro
—González M., Exequiel	—Vial, Carlos
	—Videla, Manuel
	—Zepeda, Hugo

Actuó de Secretario el señor Hernán Borchert Ramírez, y de Prosecretario, el señor Eduardo Yrarrázaval Jaraquemada.

II. APERTURA DE LA SESION

—Se abrió la sesión a las 16.14, en presencia de 18 señores Senadores.

El señor CERDA (Presidente).— En el nombre de Dios, se abre la sesión.

III. TRAMITACION DE ACTAS

El señor CERDA (Presidente).— El acta de la sesión 8ª, en 5 de diciembre, aprobada.

El acta de la sesión 9ª, en 9 de diciembre, queda a disposición de los señores Senadores.

(Véase el Acta aprobada en los Anexos).

IV. LECTURA DE LA CUENTA

El señor CERDA (Presidente).— Se va a dar cuenta de los asuntos que han llegado a Secretaría.

El señor PROSECRETARIO.— Las siguientes son las comunicaciones recibidas

Mensajes

Dos de Su Excelencia el Presidente de la República con los cuales incluye entre las materias de que puede ocuparse el Congreso Nacional en la actual legislatura extraordinaria, los siguientes proyectos de ley:

Senado: Comisión Gob. y Hda., en su caso. El que autoriza a la Municipalidad de Pitrufquén para contratar empréstitos

CC. DD. El que exime del pago de contribuciones a los bienes raíces de diversas localidades de la comuna de San José de Maipo.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Talagante para contratar empréstitos.

Senado: Comisión Gob. y Hda., en su caso: El que autoriza a la Municipalidad de San Antonio para contratar empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Malloa para contratar empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Gorbea para contratar empréstitos.

Senado: Comisión Gob. y Hda., en su caso. El que autoriza a la Municipalidad de Mariquina para contratar empréstitos

CC. DD. El que modifica la ley N.º 11.926, sobre empréstitos a la Municipalidad de Porvenir.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Antofagasta para contratar empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Teno para contratar empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Mincha para contratar empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Copiapó para contratar empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Curicó para contratar empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de San Miguel para contratar empréstitos.

Senado: Comisión Gob. y Hda., en su caso. El que autoriza a la Municipalidad de Purránque para contratar empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Maullín para invertir excedentes de empréstitos.

CC. DD. El que autoriza a la Municipalidad de Quintero para contratar empréstitos.

CC. DD. El que libera de derechos de internación a vehículos para el servicio de aseo de la Municipalidad de Conchalí.

Senado: Comisión Gobierno y Hda, en su caso. El que autoriza a la Municipalidad de Rancagua para contratar empréstitos.

Senado: Comisión Gob. y Hda., en su caso. El que destina recursos para la celebración del Primer Centenario de Puerto Varas.

Senado: Comisión de Hacienda. El que destina recursos para la construcción del Hospital San José de Puerto Varas.

—*Se mandan archivar.*

Moción

Del H. Senador señor Gustavo Rivera con la cual inicia un proyecto de ley que libera de derechos de internación a un camión recolector de basuras destinado a la Municipalidad de Lota.

—*Pasa a la Cámara de Diputados, donde constitucionalmente debe tener su origen.*

Presentación

De don Sergio Cruz Ogaz con la cual se desiste de su solicitud pendiente en la Comisión de Asuntos de Gracia.

—*Se accede a lo solicitado.*

V. HOMENAJE

A LA MEMORIA DEL CARDENAL DON JOSE MARIA CARO RODRIGUEZ

El señor CERDA (Presidente).— Esta sesión tiene por objeto rendir homenaje a la memoria de Su Eminencia Reverendísima el Cardenal don José María Caro.

Tiene la palabra el Honorable señor Zepeda.

El señor ZEPEDA.— Señor Presidente y Honorable Senado:

Su Eminencia el Cardenal José María Caro Rodríguez fue la más pura imitación de Jesús entre nosotros. En él se confundieron la humildad y la grandeza, la ingenuidad y la sabiduría, la serenidad armoniosa y la pasión encendida del infatigable servidor de Dios. Nos deja el ejemplo de su vida diáfana y sencilla, del pensamiento y la acción elevados al Hacedor e inclinados a sembrar en la tierra su divina simiente.

Su milagrosa peregrinación a través de la vida hace pensar en los santos y apóstoles de Galilea, quienes, sin más indumento que sus leves sayales, sin más apoyo que sus cayados que florecían al enterrarse en el páramo, llevando en los ojos, enrojecidos por las llamas del desierto, la quimera de la Tierra Prometida y la certidumbre de una mansión celeste, se nutrían de fe y esperanza, y han dejado latiendo sus palabras en los siglos y dieron a la Humanidad la visión sublime de la pureza moral, del amor y del bien hacia todas las criaturas del Señor.

Nació el Cardenal Caro en los aldeaños de Pichilemu, en esa prodigiosa ría de Cahuil, hilo de mar que se interna muchas

leguas tierra adentro, en cuyas márgenes florecen las salinas como sólidas espumas. Allí aprendió el niño elegido el milagro de las transformaciones y vio cómo el trabajo paciente de los obreros del mar extrae la sal de las densas marismas, la blanca sal que es el fruto de pretéritas tormentas. Desde entonces, avanzó como Jesús sobre las tempestades humanas, sintiendo que el trabajo y la virtud aquietan por fin las pasiones y que del torbellino de las angustias brotará la espiga de la sabiduría. Se abrió muy temprano en su mente la flor de la conciencia; comprendió que el pensamiento cristiano es puro como el agua y la luz, que todo lo penetran. Ya la vida no tuvo misterios para él, y derramó la ternura de su corazón para todos: sobre los buenos, para acrisolar su bondad, y sobre los malos, para echar una ráfaga divina en su torvo marasmo y su oscura turbulencia.

Y, así, el niño y el adolescente van por las aulas y los templos, abren los libros santos del saber más recóndito y remoto y leen en ellos como si hablaran la lengua materna de su ría natal. El latín, el griego, el hebreo, el arameo son sencillos y claros para su genio intuitivo, y pronto sabe expresarse en las lenguas olvidadas en que los antiguos patriarcas comunicaron a los hombres los mensajes divinos. Y como tiene que adoctrinar a la inquieta y dinámica gente de nuestro tiempo, habla la mayoría de los idiomas de hoy y sabe hacer sentir su piedad y su ternura a hombres de distintas razas y creencias. Doctor en filosofía y teología, en lenguas vivas y muertas, el saber no le pesa sino que lo hace más puro y transparente y lo habilita para estar a la medida y al diapason de todos los seres y las cosas. Sabe que acercarse a Dios es amar y comprender todas las cosas y encauzar todas las fuerzas hacia la construcción del bien y la belleza. Ya nada podrá detenerlo, porque cumple una misión divina. Su espíritu es un destello del Hacedor. El le da

paciencia y constancia, una tranquila fuerza inextinguible, con la que irá, como su Maestro, dando la visión de la verdad a los que sólo vieron engañosas apariencias, resucitando a la vida, plenos de juventud, a los que habían muerto para lo grande y lo noble; infundiendo a los posttrados por el egoísmo la fuerza necesaria para ayudar a los demás hombres.

En el amor a nuestros semejantes, en el afán de labrar la salud y la felicidad de cuantos nos rodean, en la empresa superior de transformar el mundo y la sociedad para que los bienes de la naturaleza y la cultura sean disfrutados por todos, podemos entendernos y cooperar todos los humanos. Hay un denominador común, un fondo de bien, una fuerza de amor en todas las doctrinas, religiones y creencias. Por distintos métodos y caminos, todas las ideologías buscan el adelanto material y el mejoramiento moral.

Hoy que las transformaciones se aceleran, hoy que el hombre se adueña de las fuerzas del cosmos y adquiere infinito poder de creación o de exterminio, cuando el mundo aparece dividido en dos grandes fuerzas antagónicas, es de vida o muerte buscar las fuerzas que nos unen, ro bustecer los lazos que nos vinculan, los sentimientos que nos unifican. Es ahora cuando los pueblos deben alzar monumentos a los apóstoles del bien, a los soldados del amor y la verdad, a los santos que llevan miel en los labios y luz en el corazón. Ellos viven en la frontera de lo humano y lo divino; todavía son hombres pero ya están llenos de Dios. El guía sus palabras y sus actos.

Señor Presidente: el Partido Liberal formado por una inmensa mayoría de católicos, pero abierto a todas las ideas respetuoso de todas las creencias, se inclina reverente ante el sensible fallecimiento de Su Eminencia el Cardenal Monseñor José María Caro, quien fue un héroe y un santo, que batalló con el mal sin tregua y sin quebrantos. Su alejamiento

físico hunde al espíritu en hondas meditaciones, en estas horas de angustia y de inquietud, a la vez que de luminosas esperanzas y firme optimismo que vive el País en esta etapa contradictoria.

Monseñor Caro puso la fuerza de su indiscutida autoridad en favor de la paz y la justicia como debía hacerlo un representante de Dios en la tierra. Y ahora que sube a darle cuenta a su Señor de su excelso Ministerio y de su vida diáfana y sencilla, le dirá que hizo cuanto pudo por destruir zozobras e inquietudes y dilatar el reino de Dios en el mundo, que es la más noble misión que puede cumplir un cristiano en este tránsito hacia un destino superior y eterno.

He dicho.

El señor COLOMA.—Honorable Senado:

Con su mirada, toda comprensión y bondad, nos daba el aliento y nos fortalecía. Era la mirada del padre.

Con su palabra sabia y conmovedora nos señalaba los dulces caminos del Evangelio. Era la palabra del maestro.

Con su acción tenaz y perseverante buscaba el servicio de los desamparados. Era la acción del varón de justicia.

Con su esfuerzo, que vencía la fragilidad de su cuerpo, desparramaba por todas partes la semilla evangelizadora. Era el esfuerzo del apóstol. No lo arredraban ni la dureza del combate ni la incomprensión.

Fueron desconocidas para él las horas de descanso y jamás su pensamiento se posó en la riqueza o en los honores. Dio su corazón, su alma privilegiada, su inteligencia descollante, a los pobres. Era todo lo que tenía. Siguió, así, la voz del Maestro. Tomó su cruz y se fue tras Él. Y tras la huella del Padre de los Cielos, cumplió la ilusión, la ansiada ilusión de ser otro de los pescadores de almas que en la tibieza del mar de Galilea echaron la red tras la suave, tras la serena, tras la divina imagen del dulce Nazareno.

En las calles del que fuera Seminario de Santiago, vibra el eco de la lección del

seminarista que, teniendo la imagen del Señor dentro del alma, afirmaba en la ciencia el prodigio de su vida, de su muerte y de su resurrección, y vibra también la voz del maestro, doctor, en los más intrincados problemas de la filosofía y de la teología.

Más tarde, la exaltación del sacerdocio a la cumbre episcopal, y, en la tierra nortina, bravía, generosa y un poco triste, en la tristeza de sus pampas, llegó a saciar la sed de la tierra y de los hombres con el manantial de su palabra dulce. Agua clara de una vertiente que dio consuelo, que dio esperanza entregando a las almas entristecidas de nuestros hermanos la alegría de la palabra del Señor.

Quizás si no fuera esa jornada, tal vez la más dura de su vida sacerdotal, la que conservara con más amor en la intimidad de sus recuerdos. Después, más al sur. Cambiante el paisaje de los campos, de las minas, de las vegas, de los árboles y de las montañas, pero igual el paisaje de las almas. Bajo los cielos de las provincias de Coquimbo y de Copiapó, la mirada del padre, la palabra del maestro, la acción del varón de justicia, el esfuerzo del apóstol repitieron el sermón del monte y exaltaron las bienaventuranzas.

El deber lo sacó muchas veces de su querida acción de cura, quizá si sólo de cura de campo, y lo hizo buscar en la rica entraña del alma de nuestro pueblo la fórmula que los acercara más a la devoción, a la vida espiritual que el cura Caro había encontrado hacía ya muchos años en las palabras del Buen Pastor que daba su vida por sus ovejas.

Y así ascendió a la más alta dignidad sacerdotal de nuestra patria: Arzobispo de Santiago y Primado de Chile. Cuando él quería salir sólo en busca de las almas, fueron a su encuentro muchos problemas, muchas dificultades, muchos dolores. Y también muchos honores. Para el sacerdote ejemplar, aquéllos preferidos a éstos. Afrontó los problemas. Sorteó las dificultades. Soportó los dolores, con aquella for-

midable fuerza espiritual que emanaba de su cuerpo tan frágil. Y recibió los honores con la misma humildad con que visitaba el hogar de los humildes.

Pero el Señor le tenía reservada una nueva prueba a su modestia y, por intervención del Supremo Pontífice, fue investido con la púrpura cardenalicia, y se sentó con dignidad y con señorío en el asiento reservado a los príncipes de la Iglesia de Cristo.

Era el orgullo de Chile y de su Iglesia. Era el amparo de los desamparados. Era el sostenedor irreductible de los derechos de la Iglesia de Cristo. Era el maestro incomparable que modeló conciencias, que repartió ejemplos. Hoy lo hemos perdido. La noticia de su muerte cubrió de dolor los cielos, los campos y las almas. Y en la maravillosa intuición de toda una patria, supimos comprender el doloroso desgarramiento de su ausencia.

Y se avivó en nuestros recuerdos la ruta magnífica de su vida ejemplar. El Cardenal José María Caro Rodríguez sólo vivió para su Dios y para su Patria. Supo unir estos dos amores con la fiel certeza de que sirviendo a Chile servía a Dios. Y de que sirviendo a Chile servía a Dios. Y abriendo el surco y desparramando la semilla en el inigualado gesto del sembrador de doctrina y de pan, buscó resueltamente, vigorosamente, la fórmula maravillosa que en el nombre de Dios hiciera justicia a los hombres y que en el nombre de la justicia hincara las rodillas de todo un pueblo para dar gratitud al Señor. Ya lo sabemos. Fueron muchos los rasgos sobresalientes de su vida; pero tal vez ninguno puede ser más acentuado en esta hora que el Senado de Chile consagra a su recuerdo que su preocupación de todos los instantes, la dedicación de todas sus preferencias por mitigar los dolores del pueblo y por hacer prevalecer en nuestras leyes y en nuestros hábitos la certeza incommovible de que el camino más recto que conduce a los hombres y a los pueblos al corazón de

Dios, es el de la entrega permanente a los humildes, a los desamparados, que siempre estuvieron más cerca de la mano de Cristo, de los ojos dulces del Nazareno, porque tenían más hambre y más dolor. Y desde el día en que fue consagrado sacerdote, quizá si desde el día en que pudo pensar y razonar, no tuvo en su acción ni noches ni atardeceres: pensamiento constante, acción sin desmayo. Predicando, enseñando, movía los corazones en demanda de la justicia que predicaba el Divino Maestro.

En la tristeza de las poblaciones callampas y de los conventillos, puso alegría. Y en el dolor de la sala del hospital, puso todas las tardes, con perseverancia inmutable, consuelo y paz.

El pueblo nos ha enviado hasta aquí para ejercer la elevada función de legisladores. Nosotros nos imaginamos que al desempeñar esta función deben estar siempre presentes, en nuestro pensamiento, las figuras augustas que crearon a Chile, que lo modelaron, que lo engrandecieron, y las figuras cumbres que ejemplarizaron con su virtud y con su bondad. El pueblo de Chile debe saber que al influjo del recuerdo del ilustre sacerdote desaparecido procuraremos buscar la ecuación de justicia que nos permita dar a los chilenos más tranquilidad en sus hogares, más comodidad en el desarrollo de su esfuerzo, para que la vida sea menos dura, para que los hombres seamos mejores.

En este instante que el Senado consagra al recuerdo del Cardenal, detenido en su nombre el combate de la democracia, los Senadores conservadores queremos decir una palabra más.

No sabemos qué ha quedado más grabado en nuestros corazones de su vida. Los Senadores de estos bancos estuvimos muchas veces junto a él. Sabemos de su mano que se alzó bendiciendo. Sabemos de su voz que nos pidió que fuéramos inflexibles en la lucha por los derechos de la iglesia para educar, para evangelizar. Sa-

remos de su mirada triste por nuestras discordias. Sabemos de la mirada dulce que nos alentó tantas veces. Y como muchos otros señores Senadores, lo vimos pasar por nuestros pueblos y por nuestros campos levantando parroquias, bendiciendo escuelas, llevando por todas partes el ejemplo y el consuelo. Bellos campos de Chile también lo vieron pasar. Fueron hollados dulcemente por el mismo pie suave que holló Cahuil y San Vicente.

¡Oh, Dios de la misericordia, Padre Nuestro, tú sabes nuestro dolor! ¡Tú sabes el dolor de Chile! Sólo nos consuela el saber que cerca de Tu misericordia velará por nosotros.

El señor TORRES.—Señor Presidente:

Cumplo el encargo de los Senadores del Partido Radical de expresar, esta tarde, el homenaje de nuestra colectividad política a Su Eminencia el Cardenal Caro, cuyo fallecimiento enluta a la Iglesia Católica y es duelo de nuestra patria.

Muchas son las elocuentes palabras que se han dicho ante su tumba; muchas las que pueden decirse en el homenaje que todos los sectores nacionales tributan a su memoria. Pero nada es más elocuente ni más aleccionador que su vida misma, plena de nobles virtudes, de una ardorosa pasión espiritual, de una existencia que alcanza, por fin, lo más alto y puro en que puede cristalizar el sentimiento humano: la serena tolerancia para todos los hombres y para todas las ideas.

Es que el Excmo. Arzobispo de Santiago y Primado de la Iglesia chilena era como la síntesis misma de esta patria: pequeña en sus márgenes materiales, pero inmensa en los valores del espíritu.

Nacido en las tierras tan chilenas de Colchagua, supo en su cuna lo que cuesta amasar el pan con el sudor de la frente, porque el surco es duro a las manos, y la esperanza, lejana a los corazones. De ese paisaje de luces y sombras, brotó probablemente su ansiedad por consagrarse a llevar un consuelo alentador a los que nada tienen, a los más humildes, a los humillados de todos los caminos.

En esa tarea cruzó Chile.

Donde la tormenta arremetía, porque la vida misma era más cruel y despiada con los pobres, clavó su cayado de pastor y puso su firme bondad al servicio de la verdad y de la justicia social. No temió a los poderosos de la tierra cuando reclamó para los que nada tenían. No temió a los rebeldes sin causa cuando se puso al lado de la ley y del respeto común.

Más que valeroso, fue justo, y más que justo, comprensivo del dolor y de la esperanza ajenos.

Por eso, junto a él, estuvieron siempre el respeto de los de arriba y el cariño sin regateos de los de abajo.

Encimando la débil envoltura material que lo sostenía, supo erguirse desde entonces y para siempre como la expresión viva y centelleante de la comprensión.

En una hora dramática para Chile, en aquella que, como lo dijo con tanta razón el mejor de sus panegiristas al rendirle el tributo de la Iglesia, marcó una etapa en la vida de la República, el Excmo. Arzobispo de Santiago estuvo al lado de un hombre de nuestras filas, de aquel a quien el pueblo había confiado toda su fe y todas sus esperanzas.

Es que vio en el Presidente Aguirre Cerda aquel caudal de aguas que para él eran más queridas; vio, como nadie, la corriente serena y fecunda por la cual nuestra patria habría de hacer su camino hacia el futuro.

Nosotros no olvidaremos jamás esa actitud suya que tan bien hermanaba con lo que es la esencia del radicalismo: la tolerancia elevada y serena para todos los credos y el respeto a la dignidad humana.

Mucho de la paz espiritual que Chile ha vivido en las últimas décadas, mucho del respeto que nos guardamos los hombres de distintas creencias, mucho de la convivencia en que se realizan nuestras luchas doctrinarias, es la cosecha que este varón ilustre deja a su tierra como la mejor de sus herencias.

Por eso el dolor con que Chile lo ha visto partir hacia la orilla distante, en una

hora en que su presencia aún hace falta.

El Partido Radical, por mi intermedio, se inclina ante su memoria y expresa su condolencia a la Iglesia chilena.

He dicho.

El señor ALLENDE.—Señor Presidente, señores Senadores:

Hemos vivido y viven los chilenos momentos de común aflicción por el fallecimiento del Cardenal José María Caro Rodríguez, y al observar el clima de respetuoso pesar que conmueve a la Nación, golpean nuestra conciencia y recuerdo tiempos y ocasiones en que la intolerancia y la incomprensión nacidas de diferentes posiciones religiosas rompían la tranquilidad y la paz de los hombres.

En Chile hemos conquistado un alto grado de tolerancia, que nos permite respirar un sano y ejemplar aire de convivencia.

El dolor que el desaparecimiento de Monseñor Caro ha llevado al corazón de los chilenos, de cualquier condición o credo, encuentra su origen, no sólo en este elevado clima de tolerante convivencia de que gozamos, sino, muy principalmente, en las características de especiales relieves que rodearon la personalidad del ilustre ciudadano.

Por encima de clases sociales e ideologías, filosóficas, políticas y religiosas, el Cardenal José María Caro Rodríguez logró personificar la esencia del chileno. Por eso hoy se lo recuerda con unción en la inmensa mayoría de los hogares y, fundamentalmente, en los de los pobres y humildes.

Chileno como el que más, podía representarnos mejor que nadie.

Para el trabajador modesto y el campesino abandonado, fue siempre uno de ellos. Su lenguaje les fue accesible y sus gestos les mostraron aquella semejanza cautivante, que sólo nace de una comunidad de sangre, de origen, de una comunidad casi telúrica.

Pobre y modesto de nacimiento, se adentraba en los espíritus de los desheredados de la fortuna, porque eran como el suyo.

Llano en el trato, rompía la insensibilidad del más frío con su sonrisa o con su placidez serena, propia del que tanto ha tenido que perdonar.

Sus silencios venían desde muy adentro, nacieron de su infancia, cuando compartió y supo de la noche negra y hosca; de la noche sin alborada de los trabajadores del agro.

Monseñor Caro es para nosotros algo así como un símbolo nacional.

Era tan nuestro, a fuer de ser tan chileno, que con él se nos ha ido un pedazo de nuestra tierra.

Su origen campesino, su primitiva condición de sencillo y descalzo pastor de las montañas colchaguinas, las primeras letras aprendidas en la escuela pública del valle de Los Ciruelos, su admisión en el Seminario como becado en la sección de San Pedro Damían, destinada a los hijos de los pobres, conformaron en él un carácter y una personalidad que lo llevaron a recorrer los campamentos pampinos; vivió y conoció la tragedia del obrero de nuestro salitre. Recabarren lo comparó con San Francisco de Asís.

Por eso, llegó a apoyar una huelga campesina; a acceder a una petición hecha por el ex Senador Laferte, el jefe del Partido Comunista, para que se le entregara un teatro que pertenecía a la Iglesia y poder realizar allí una concentración; a mover al Gobierno del Frente Popular a solicitar del Vaticano su nombramiento de Cardenal; a rodear su gestión como Jefe de la Iglesia Católica en Chile de una ejemplar prescindencia política. Y esta actitud suya la puedo yo apreciar mejor que otros.

Por eso, en la campaña electoral pasada, aun frente a los ataques más aviesos, guardé silencio sobre un hecho que hoy día relato.

Hace años, fui a Valparaíso, a la Aduana de ese puerto, a buscar efectos personales que venían en un barco europeo. El administrador de los Servicios, al entregármelos y al saber que regresaba de inmediato a Santiago, me pidió trajera dos

grandes paquetes con medicamentos, porque eran para un enfermo que estaba muy grave. Eran para Monseñor Caro, que padecía una aguda crisis.

Sucedió en pleno verano. En mangas de camisa, cargando los paquetes, llegué a la puerta del Arzobispado e hice entrega de ellos.

Se me dieron las gracias y se me quiso gratificar. Pedí que ese dinero se entregara a los pobres, en nombre de Monseñor Caro. Se me preguntó quién era. Indiqué mi nombre y agregué que, además, era Vicepresidente del Senado.

Al día siguiente, recibí una tarjeta manuscrita de Monseñor Caro en que agradecía mi gesto y me otorgaba su bondadoso reconocimiento.

El Cardenal Caro, nacido y formado en su infancia como tantos miles de los hijos de nuestro pueblo, alcanzó las mayores dignidades sin abandonar, en lo íntimo del espíritu, en las formalidades exteriores, las cualidades que magnifican al hombre verdadero.

Por eso, su muerte nos alcanza a todos en el dolor.

La Central Unica de Trabajadores y el Frente de Acción Popular se sumaron espontánea y sentidamente al pésame colectivo, y hoy lo hago en nombre de los Senadores Socialistas y del Partido.

Monseñor José María Caro Rodríguez contribuyó eficazmente a consolidar la convivencia de respeto y tolerancia en que vivimos. Católicos y no católicos, tenemos mucho que agradecerle; todos perdemos mucho con su muerte.

Con su dulzura y generosidad, dio por doquiera un ejemplo y una enseñanza.

Ahora, cuando le rendimos este homenaje de reconocimiento, permítaseme recordar las palabras de Rodó: "Lo único que no deja beneficio al espíritu es la falsedad, es la vulgaridad, es la pasión fanática; es el sermón del clerizonte zafio, sin caridad ni delicadeza; es la invectiva del jacobino furibundo, sin elevación ni cultura; mientras que siempre hay algo que

aprender en lo que piensa y siente sobre las cosas superiores un alma lealmente enamorada del bien y la verdad".

He dicho, señor Presidente.

El señor PEREZ DE ARCE.— Señor Presidente:

Era una preciada reliquia, un varón justo, venerable y santo.

Coronaba su frente la majestad de los años y realizaba su figura la excelsa humildad de sus virtudes.

Párroco laborioso, pastor abnegado, príncipe de la Iglesia siempre devoto de sus deberes, padre tierno cuyo angélico espíritu latió invariablemente al unísono con todas las angustias, esperanzas y alegrías de su pueblo, la Patria pierde con el deceso del esclarecido Prelado y primer Cardenal Primado, Su Eminencia doctor José María Caro Rodríguez, una representación universal arraigada por afecto en el corazón de todos los chilenos, porque encarnaba en sí las mejores virtudes de la raza: sencilla y sincera devoción, vivacidad de espíritu, esfuerzo en el cumplimiento del deber y liviana y paciente resignación ante las vicisitudes que la vida depara.

Como ciudadano, como militante del Partido Nacional Popular, en nombre del Honorable Senador don José García y, por delegación, del Partido Demócrata Cristiano, nos inclinamos reverentes ante su augusta personalidad y recuerdo y unimos nuestro acongojado sentir al dolor de toda la República.

El señor VIDELA (don Manuel).— Señor Presidente:

Durante tres días de la semana pasada, el pueblo de Chile rindió su más sincero, sentido y respetuoso homenaje a su Eminencia don José María Caro Rodríguez, Arzobispo de Santiago, Jefe de la Iglesia Católica, quien, después de larga, fatigosa y fructífera jornada de trabajo, descansa en la paz suprema de la muerte.

Su vida ejemplar no voy a analizarla aquí, porque su obra está escrita en el co-

razón del pueblo de Chile. Monseñor Caro fue un príncipe de la Iglesia Católica por la alta investidura de su cargo, pero sus compatriotas siempre supimos que su más alto galardón fue el ser aclamado en cualquier rincón de nuestra patria como el verdadero y gran pastor de los humildes.

Su contextura material estaba revestida de macizos conceptos espirituales, que constituyen un verdadero legado a sus discípulos y guía a los conductores espirituales de los pueblos. Fue príncipe de la Iglesia Católica y príncipe de la humildad, de la caridad cristiana y de la bondad de su corazón. Todos sabemos que, desde su juventud hasta los últimos minutos de su augusta ancianidad, se prodigó con los débiles y los fuertes que necesitaron de su ayuda, consejo y protección. A la avanzada edad de 92 años y en un estado precario de salud, marchó a Roma a elegir con su voto al nuevo Jefe de la Iglesia. Cumplió su cometido, volvió a su patria, donde, en lugar de descansar, de pedir una tregua en su infatigable labor de tantos años, prosiguió en la tarea, y fue así como, el domingo anterior a la enfermedad que lo llevó a la muerte, fue a inaugurar dos iglesias. Dos días después caía para no levantarse más.

El Movimiento Republicano reconoce en esta augusta figura de nuestra nacionalidad a su más preclaro y virtuoso ciudadano, sacerdote, obispo y cardenal, que, con un concepto sabio y patriótico, supo mantener la armonía de la Iglesia con los diversos Gobiernos que se sucedieron durante su largo mandato espiritual, y nos inclinamos reverentes ante el recuerdo de su vida, ejemplo de virtud, austeridad y humildad.

La Iglesia Católica ha perdido a su gran pastor; Chile, a uno de sus más ilustres ciudadanos.

He dicho.

El señor LAVANDERO. — Honorable Senado:

Justas son las voces doloridas que se han escuchado de un extremo a otro del País, ante la muerte del prelado, del pastor de almas, de Su Eminencia el Cardenal José María Caro Rodríguez, y justo, también, es el homenaje que rinde a sus virtudes el Honorable Senado de la República, fiel intérprete de la ciudadanía, en este instante de congoja nacional.

Dejemos a sus hermanos de religión, a los altos jerarcas de la Iglesia, la tarea de exaltar la personalidad y servicios a la fe, del Cardenal desaparecido, Primado de la Iglesia Católica de Chile, y miremos, como ciudadanos, el bien y el prestigio espiritual que recibió el País de esa noble vida, que se extinguió en venerable ancianidad. Y sí, como se ha dicho, la importancia de una existencia se mide por los beneficios que los demás de ella obtuvieron, estamos ante una de las más preciosas de nuestra nación, finalizada en medio del afecto y veneración de todo un pueblo, que aquilató el alma de quien deseó siempre servirlo en sus dolores físicos y morales.

De las múltiples facetas de la vida ejemplar del primer Cardenal chileno, yo he de poner el énfasis en su bondad inmensa, en su espíritu justiciero, en su humildad, en su condición de cristiano excelso. Despedido de los bienes terrenos y de toda vanidad, parecía seguir viviendo interiormente las modestas y honorables horas de su infancia, allí en Ciruelos, donde acaso la pobreza de nuestros campesinos, el rico paisaje de nuestras campiñas y el canto cercano del mar le llenaron el alma para siempre de las más inefables emociones, que tradujo en obras con la belleza de una sinfonía a Dios.

El Partido Nacional Popular, que opone, a las luchas que destruyen, su concepción armónica de colaboración de las clases sociales; que busca en la evolución y en la democracia el mundo mejor a que aspiramos; que afirma la preeminencia del espíritu por sobre todas las cosas, se inclina reverente ante la memoria del Emi-

mentísimo Cardenal Caro Rodríguez; y encontrará siempre, en su nombre, el de un adalid de la causa de la Patria, el de un cruzado de los verdaderos principios cristianos que ennoblecen la vida sobre la tierra.

He dicho.

El señor VIAL.—Señor Presidente:

Con el alma entristecida, uno mi voz a la condolencia de la Patria ante la muerte del Prelado; al unánime sentir de la muchedumbre dolorosa, que sabiéndolo exámine, quiso pasar una vez más junto a su lado; al sentir de los altos dignatarios que lo admiraron durante su vida de desvelos humanos, por docto, por prudente, por santo; al unísono pesar de los católicos y de los que no lo son, que reconocieron, todos, la excepcional esencia de su bondad y de su amor.

Así era el virtuoso Pastor, siempre exalando la sencillez que de guía sirve al justo, siempre bridando al semejante el óleo fresco del buen samaritano para cicatrizar las heridas y serenar las conciencias.

Cuanto más edad contaba, lo sentíamos más eterno, y pensábamos que nunca faltaría su figura y su palabra en los grandes momentos de la Patria. Nos confiábamos a él con nuestras mentes y sentíamos la sensación de templar las inquietudes, de limpiar las angustias y hasta mirar tranquilos el porvenir, por amenazador que fuere; y al asociarse también a cada paso su figura a los grandes acontecimientos de alborozo, advertíamos, entonces, que su aureola les daba no sólo esplendor, sino también un hálito misterioso que a todos nos unía. Parecía que estaba pidiendo para que fuéramos mejores; parecía estar soñando el que fuéramos todos más hermanos.

Ante la grandeza de su sencillez, conquistó en Chile entero la máxima admiración y cariño. Y con su bondad, pudo derribar las murallas del arcaico sectarismo, trocadas por él en un himno de comprensión y tolerancia.

Fue un Padre de la Patria. No ganó la fiera batalla de la pólvora para conquistar la independencia política, pero triunfó en la tarea ardua del desarme de las pasiones, y fue General en Jefe, para obtener el mutuo respeto, la paz y el amor entre los chilenos. Y triunfó en esta noble labor, porque, como el Libro de los Proverbios lo asegura, donde hay humildad, habrá sabiduría, así como dónde hay soberbia, habrá ignominia.

En su largo y fructuoso vivir, mucho oró, y obtuvo merecida recompensa, porque esa oración y esa humildad son el recto camino para alcanzar hasta los cielos.

Durante sus postreros días, llegó hasta la Ciudad Santa, y en el Cónclave, sabio y profundo, alcanzó el premio de elegir y conocer al nuevo Jefe de la Cristiandad.

Dijo Da Vinci: "De la misma manera que una jornada bien empleada procura el feliz sueño, así también una vida bien empleada trae una muerte serena". Y él nos dejó serenamente, con la sonrisa en su faz, la sonrisa de la confianza del santo, que abandona su existencia desde esta tierra de sacrificios, para aceptar la decisión y el juicio divino; con la fe que un pensador explica: "El sol y la muerte no se pueden mirar fijamente; pero si el sol puede observarse a través de un ahumado cristal, la muerte puede mirarse claramente a través de la idea de Dios".

En mi nombre y por encargo personal del Honorable señor Frei, ausente en estos momentos de la Patria, elevo dolorido mi palabra de pesar y confío en que nuestro Santo Pastor, mediante la antorcha de sus buenas acciones, ha tenido, en la noche de la tumba, la luminosidad de la mañana.

He dicho.

El señor TARUD.— Señor Presidente, Honorable Senado:

La rara unanimidad de afecto que en su vida reunió el Cardenal Caro, se ratifica hoy en el dolor de su partida.

El pesar de todos los chilenos confirma la alta calidad humana de este hombre que

llegó a representar la mayor influencia moral en nuestra comunidad. Quizá ante la elocuencia de este hecho, las palabras resulten vanas. Pero no podría dejar de sumarme a la expresión de respeto y veneración que esta tarde le ofrenda el Honorable Senado, pensando en la preocupación que dedicó a las provincias que tengo el honor de representar en esta Corporación y en el afecto personal que tuvo a bien otorgarme precisamente en ocasiones difíciles para mi espíritu.

La figura de Su Eminencia ha sido ya puesta en perspectiva justa por el reconocimiento que le han tributado el Gobierno, la prensa y la opinión pública toda por medio de sus principales voceros. Su vida, dedicada a Dios, fue una epopeya sacerdotal que podrá mostrarse sin reservas a las generaciones futuras. Lució la púrpura de Príncipe de la Iglesia con la debida dignidad, pero íntimamente no perdió nunca la modestia y la sencillez de un cura pueblerino. El innato buen sentido criollo lo hizo un maestro del trato humano, lo que permitió exhibir ideas poderosas y sólidas bajo la capa de una encantadora simpatía. De esta manera, ganó tanta jerarquía moral como respeto para su Iglesia y prestigio para Chile.

Para mí, la característica más atractiva de su personalidad fue siempre la intensa preocupación que sintió por los trabajadores. Los conoció de cerca, entendió sus anhelos y sus aspiraciones y supo percibir cuáles eran sus intereses. No hubo en esto, en su persona, una simple actitud pastoral

emanada del sentido del deber eclesiástico. Su inquietud y su solidaridad con los asalariados fue de una autenticidad absoluta, venida de las raíces mismas de su espíritu, cuyas primeras impresiones se forjaron en una modesta casa de campo colchaguina, al lado de los inquilinos y, más tarde, bajo el duro sol del desierto nortino, junto a las plantas salitreras.

Pienso que la declaración de la Central Unica de Trabajadores emitida en el momento de su muerte, habrá sido para ese mismo espíritu una de las cosechas más valiosas del trabajo de su vida. Yo me sumo a ese reconocimiento y formulo votos para que el ejemplo de su existencia nos inspire a todos en la dedicación al servicio de nuestra nación y el pueblo.

He dicho.

PUBLICACION DE DISCURSOS

El señor CERDA (Presidente).—Se va a dar lectura a una indicación enviada a la Mesa.

El señor SECRETARIO.—El Honorable señor Curti formula indicación para publicar "in extenso" los discursos pronunciados por los señores Senadores en homenaje a la memoria de Su Eminencia don José María Caro Rodríguez.

—*Se aprueba la indicación.*

El señor CERDA (Presidente).—Se levanta la sesión.

—*Se levantó la sesión a las 17.5.*

Dr. Orlando Oyarzun G.
Jefe de la Redacción.

A N E X O S

ACTA APROBADA

SESION 8ª, EN 5 DE DICIEMBRE DE 1958

Presidencia del señor Videla Lira, don Hernán. (Véase la asistencia en la versión correspondiente, página 239).

ACTA

Se da por aprobada el acta de la sesión 6ª, ordinaria, en 26 de noviembre ppdo., que no ha sido observada.

El acta de la sesión 7ª, especial, de fecha 27 de noviembre ppdo., queda en Secretaría, a disposición de los señores Senadores, hasta la sesión próxima, para su aprobación.

CUENTA

Se da cuenta, en seguida, de los asuntos que se indican en la versión correspondiente, página 239.

Durante la Cuenta, a indicación del señor Presidente y con el asentimiento de los Comités que representan las dos terceras partes de los Senadores en ejercicio, se acuerda omitir el trámite de Comisión y tratar de inmediato el Mensaje del Ejecutivo con el que éste inicia un proyecto de ley que declara Duelo Nacional el día de la sepultación de los restos mortales de

Su Eminencia Reverendísima doctor José María Caro Rodríguez.

ORDEN DEL DIA

Mensaje del Ejecutivo con el que inicia un proyecto de ley que declara Duelo Nacional el día de la sepultación de los restos mortales de Su Eminencia Reverendísima, doctor José María Caro Rodríguez, Arzobispo de Santiago y Cardenal Primado de Chile.

En discusión general y particular a la vez la iniciativa de ley del rubro, usa de la palabra el señor González Madariaga, quien formula indicación para suprimir la frase final del inciso tercero de su artículo único, que dice: "y en los edificios particulares".

En discusión esta indicación, usa de la palabra el señor Zepeda, quien propone sustituirla por esta otra: reemplazar en el inciso tercero, la coma (,) que figura entre las palabras "públicas" y "en las" por la conjunción "y", colocar un punto (.) seguido después de "Carabineros" y agregar la siguiente frase final: "Autorízase, también, para hacerlo en los edificios particulares".

En discusión la indicación del señor Zepeda, ningún señor Senador usa de la palabra.

Cerrado el debate, tácitamente ella se aprueba.

Queda terminada la discusión del proyecto.

Se levanta la sesión.